

LAS FIESTAS DE LA  
NOBLEZA VALENCIANA  
EN EL SIGLO XVII:  
UN EJEMPLO CARACTERISTICO  
(1662)

PILAR PEDRAZA

La nobleza valenciana, habiendo cambiado la soledad de sus tierras, desde la posguerra de las Germanías, por las comodidades y placeres de la ciudad de Valencia, que ya desde la Baja Edad Media tenía la fama de proporcionarlos en poco discreta abundancia<sup>1</sup>, no perdonó ocasión, religiosa o profana, de lucimiento y diversión, especialmente durante el siglo XVII. Y hay que subrayar que tales ocasiones no faltaron: sabemos que en esa centuria se celebraron no menos de medio centenar de fiestas de gran aparato, que obedecieron a causas muy diversas pero que presentan una estructura similar, y en las cuales la nobleza participó masivamente; eso, sin contar celebraciones y festejos exclusivos de ésta, que daban lugar a derroches extraordinarios y revestían gran brillantez.

La cuestión de las fiestas de la nobleza valenciana en su conjunto desborda el marco de un artículo y merece un grueso volumen, tanto por lo

1 M. SANCHIS GUARNER, *Aspect urbà de València al segle XVI*. VIII Congreso de la Corona de Aragón, t. III, vol. I, p. 99. Vease también A. DOMINGUEZ ORTIZ, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1973.

que respecta a su génesis y a su evolución histórica, cuanto a lo que revela a la luz de un análisis sociológico. Por ello, en la imposibilidad de trazar un cuadro general, hemos considerado oportuno traer un ejemplo típico y dejar que sea el lector interesado quien extraiga de él las pertinentes consecuencias. A este efecto, vamos a centrarnos en la gran fiesta que tuvo lugar en la ciudad de Valencia en 1662 con motivo de la publicación por parte de Alejandro VII, de un breve confirmatorio del misterio de la Inmaculada Concepción de María (aun no elevado a dogma y sujeto a una violenta controversia), que había sido insistentemente solicitado al Pontífice por Felipe IV a instancias de su consejera espiritual, sor María de Jesús de Agreda. Advierta el lector el carácter político de la emisión de tal Breve y, por lo tanto, el de los regocijos "populares" a que dió lugar en algunas ciudades españolas, y muy especialmente en Valencia, que en esta ocasión realizó un gasto más que generoso —y poco conveniente para su decaída economía— para festejar un asunto que, en puridad, le era ciertamente ajeno. Nos parece particularmente significativo el hecho de que la nobleza, como veremos, tomara tan gran interés por esta solemnidad que venía impuesta desde Madrid.

La fuente fundamental para el estudio de la fiesta que nos ocupa es el libro del caballero JUAN BAUTISTA DE VALDA, publicado en Valencia en 1663, que la describe con todo lujo de detalles e incluye una interesante serie de grabados<sup>2</sup>. En esta obra se permonorizan todos los festejos de la ocasión, no sólo los de la nobleza, sino también los que corrieron a cargo de la Universidad, la Iglesia y los Gremios (que se vieron obligados a efectuar un gasto considerable en carros procesionales); Cada uno de los aspectos citados de la fiesta —nobiliario, universitario, religioso y gremial— tiene un gran interés por separado y en la actualidad estamos ocupados en su estudio; de momento, sin embargo, centraremos nuestra atención exclusivamente en el primero.

Pues bien, la nobleza valenciana vió en los fastos concepcionistas una magnífica ocasión de rendir a la corona un brillante homenaje, al mismo tiempo que de diversión y lucimiento propios, de modo que se apresuró a tomar parte en ellos a poco de conocerse la noticia de la concesión del Breve, que se tuvo en Valencia a primeros de enero de 1662. El día 23 de dicho mes se reunieron sus principales representantes en el salón ordinario de la Diputación para decidir la mejor manera de celebrar el acontecimiento

2 J. B. de VALDA, *Solenes fiestas, que celebró Valencia, a la Inmaculada Concepción de la Virgen Maria. Por el svpremo decreto de N. S. S. Pontífice Alexandro VII. Ofrecelas el Rey Nuestro Señor. Escrivelas de orden de la misma Ciudad. Ivan Bavista de Valda. Con licencia, por Geronimo Vilagrassa, Impresor de la Ciudad, en la calle de las Barcas, año 1663.*

religioso y testimoniar al monarca su congratulación por el beneficio concedido a la cristiandad por mediación de su persona.

Con anterioridad a esta fecha, el Estamento había comisionado al propio Valda y al Conde de Cervellón para que estudiaran posibles precedentes de la solemnidad en los que poder inspirarse para la ocasión presente. Los comisionados se dedicaron a ello con afán, encontrando el de unas fiestas celebradas en 1662, también en honor de la Inmaculada Concepción, motivadas por la publicación del Breve inmaculista de Gregorio XV, recogidas y relatadas por Nicolás Crehuades<sup>3</sup>. Hallaron que aquella vez las fiestas se declararon *caso inopinado*. Veamos lo que se entendía por tal en palabras del mismo Valda:

"Los sucesos, que trae la contingencia, y de que no es capaz la mas cuerda prevención de anticipallos, se llaman casos inopinados; y quando suelen ofrecerse, disponen vn fuero (para que con facilidad no se declare serlo) sean precisos en el Estamento Militar veynte y cinco Cavalleros y los votos de todos los demas, con todos los oficiales de la Casa de la Diputación, solo en este caso con la precissa circunstancia del nemine discrepante, de que en todas las deliberaciones sea siempre el Militar"<sup>4</sup>.

El caso inopinado, al parecer, hacía que todas las decisiones en torno a la cuestión declarada como tal sufrieran un retraso considerable, de modo que en esta ocasión, "por la aceleración —escribe Valda— que pedía el sobresaltado gozo de esta concesión (del Breve), como el impaciente y mal contenido afecto de la Nobleza a tan soberano misterio", aun declarando caso inopinado la fiesta en general, el Estamento decidió adelantarse por su cuenta a la resolución y celebrar fiesta propia, incluso prescindiendo de la ayuda económica de los demás:

"y aunque (sin la sociedad de los otros Estamentos) el Militar no tiene Erario publico, ni propio para socorro de semejantes gastos nada pudo ser de estorvo para el cumplimiento de tan generoso obsequio, antes mas animosos a su execucion se mostraron quanto mas avia de cargar sobre los particulares el desempeño"<sup>5</sup>.

En aquella reunión del 23 de Enero se nombró a ocho Electos, seis de los cuales se encargarían de los trámites de la declaración de caso inopinado, y todos juntos de la parte religiosa de la fiesta. Acabada, la junta, se distribuyó

3 N. CREHUADES, *Solenes y grandiosas fiestas que la Noble y Leal Ciudad de Valencia a hecho por el Decreto que la Santidad de Gregorio XV ha concedido en fauor de la inmaculada Concepcion de Maria Madre de Dios y Señora Nuestra, sin pecado original concebida. En Valencia, por Pedro Patricio Mey, junto a San Martin.*

4 Op. cit. p. 179.

5 Ibidem, p. 180.

el Estamento en ocho cuadrillas para la fiesta propiamente militar, eligiéndose como jefes de ellas ocho Cuadrilleros, cuya misión fue organizarla.

Los Electos determinaron que la fiesta religiosa se celebraba en el Real Convento de Predicadores el día 12 de Febrero, domingo de Carnestolendas, y que la víspera se trasladara solemnemente desde la Diputación a dicho convento una imagen de la Purísima.

Los Cuadrilleros, por su parte, reunidos para decretar la fiesta miliar, consideraron que, pareciendo bien celebrarla al día siguiente de la religiosa, no podía organizarse otra cosa que una carrera de lanzas, porque "cualquier otro regozijo de la gineta siempre necessitaria de mas tiempo, para ajustar los cavallos, muchos no enfrenados (sic) para ese ejercicio (...)"<sup>6</sup>. Acordaron que tendría lugar en el Llano del Real, bajo los balcones de la galería del palacio, por ser lugar espacioso y cómodo, "sin los embaraços, que ocasionavan las prevenciones de ventanas en otra parte". Por último, sortearon los colores de las cuadrillas y nombraron Maestres de Campo a dos ilustres caballeros, pertenecientes a sendas Ordenes Militares hermanas: don Basilio de Castellví, gentilhombre de Cámara del Príncipe don Juan. de la Orden de Calatrava, y don Ramón Sanz de la Llosa, bayle general, de la de Montesa. Concluidas todas estas disposiciones, se encargó a Valda, al marqués de Castellnou y al señor de Gilet que dieran cuenta de ellas al Virrey.

Estudiaremos a continuación cada una de estas fiestas, religiosa y militar, por separado.

#### LA FIESTA RELIGIOSA

Dado que el motivo de la celebración (la concesión del Breve) era de carácter sacro, los Electo acordaron que las solemnidades religiosas debían preceder a las militares. Y, además, que tuvieran por marco el Real Convento de Predicadores, sin circunscribirse exclusivamente a la capilla de Nuestra Señora de la Soledad de la iglesia de éste la cual pertenecía a la nobleza.

El convento de Predicadores estaba estrechamente vinculado al Estamento y tenía un prestigio y una tradición política considerables. En él se reunieron a veces las cortes del Reino (en 1604, por ejemplo, y, según Orellana, en 1645). Recibió en diversas ocasiones visitas de altísimo rango, como la de Felipe II al día siguiente de su boda con Margarita de Austria, y solía ser marco de los juegos florales y fiestas poéticas de la aristocracia en todas las grandes solemnidades. Gayano Lluch escribe respecto de él: "Y si a esto se le

6 Ibidem, p. 184. Los caballos no tenían frenos adecuados para los ejercicios de la jineta.

añade que al referido convento, por su tradición religiosa, le consideraba la nobleza de este país *antesala del paraíso*, que por este motivo construyeron en él magníficas capillas y regias sepulturas las más relevantes familias de esta ciudad, se vendrá a la cuenta de la importancia real y positiva del mencionado, puesto que, a este influjo señorial, sobrevino la admiración del pueblo llano, y a tal llegóse en este aspecto, que los Predicadores gozaron muy mucho de todas las simpatías, tanto por venir a ser su claustro, aula y Capilla de los Reyes maravillas de la época, como por considerarle hasta casi nuestros tiempos, panteón de hijos ilustres de Valencia (...)"<sup>7</sup>. Añadiremos por nuestra parte que, en la ocasión que nos ocupa, la causa de haberse celebrado las fiestas en este convento fue exclusivamente la del apego de la nobleza a él y la de los Padres Dominicos a la nobleza, pues de otro modo no se explica cómo abrió sus puertas a una celebración inmaculista la casa de una orden religiosa acérrimamente partidaria de la opinión contraria, es decir, la de que María no pudo ser concebida sin pecado original, sostenida por Alberto Magno y Tomás de Aquino.

Dividiremos el estudio de las fiestas del convento en tres partes:

- 1º) Traslado la imagen de la Purísima.
- 2º) Adorno del templo.
- 3º) Fuegos artificiales.

#### 1º) El traslado de la imagen

Se acordó que el sábado 11 de Febrero sería trasladada desde la Diputación al Convento de Predicadores una imagen de la Inmaculada Concepción, de cuyo adorno y aderezo con joyas prestadas por damas de la nobleza se encargaron don Iusepe Balaguer y su esposa, doña Margarita Bayarri. Los ocho Electos la llevaron a mediodía desde la casa de éstos a la Diputación, donde se colocó en medio del Salón Dorado, en un altar portátil. La imagen, riquísima, es descrita por Valda con las siguientes palabras:

"...(era) la Virgen Santissima de hermosissimo bulto de cuerpo natural, vestida de tela blanca de plata, manto de tela azul, a los pies tenia una media Luna de espejos de cristal, en quien la curiosidad del buen gusto supo hallar invención, para esmaltarla de preciosissimos diamantes, no solo por la orla de ella, que de gargantillas, y braçletes se pudo formar de igual correspondencia, sino todo el espacio del medio ovalo a compas, y sin discrepancia tenia gravadas las joyas, que lo admirava la novedad de cerca, suspendia de lexos aquel luciente esplendor, en que se confundían on el cristal tantos brillantes, y fondos diamantes. En los

7 En su prólogo a la obra de PEREZ RUIZ, *La Fe, la Historia y el Arte en el antiguo Convento de Predicadores de Valencia*. Imprenta de Pascual Quiles, Valencia, 1952.

pechos llevará la Virgen vna joya de inestimable valor; la corona imperial fabricó de diamantes y perlas netas de suma estimación). Quedó aquí muy atras la Poetica exageracion, con que figura los cabellos la espalda de la Virgen pendia, de mayores quilates se co(m)ponia, con cadenas de diamantes, de oro, de curiosas filigranas, como de otros vistosos esmaltes. Aquí *apenas buscadas, sino ofrecidas todas las joyas, y aliños* de vanas hermosuras, dieron materia, no para fundirse habiles instrumentos de la idolatría, como en la falda del Sinai, sino para obsequio de soberanas admiraciones; avaro ya el b ecerro los vsurpó a la ingrata inconstancia del pueblo en pena de su delito; aquí *prestadas al adorno bolvieron (en fe del contracto) co)n* mayores quilates mejoradas a la piedad devota (...) <sup>8</sup>.

Por la tarde del mismo día se organizó un lucido cortejo para trasladar la imagen desde la Diputación al Convento de Predicadores. El desfile comenzaba con un guión de tel blanca bordada de oro, en el que figuraba “vna excelente pintura de la concepcion”. Lo portaba el Marqués de Castellnou, y sostenían sus cordones los caballeros don Juan de Roxas y Justiniano Rochas (hermanos, probablemente, aunque la Seguían después todos los caballeros, portando hachas encendidas, y luego unas andas con la imagen. A trechos iban intercalados músicos que tocaban instrumentos de viento.

Cuando el cortejo llegó al convento, toda la comunidad salió a recibirlo, y se celebró un solemne Te Deum.

## 2º). El adorno del templo.

Como era costumbre en la época que estudiamos, el interior del templo se adornó con cogalduras y tapices prestados por las principales casas de la ciudad, prendiéndose en ellos multitud de *jeroglíficos*. Consistían éstos en una tarja iluminada con una pintura o dibujo alegórico (cuerpo del jeroglífico) cuyo significado se explicaba por medio de un *lema* y de unos versos en catalán o en castellano. Describiremos dos de los muchos que se colgaron, para dar al lector una idea de su carácter.

La pintura de uno de ellos representaba unos nidos de golondrinas fijados en el muro de una casa. Su lema decía: *Sicut pullus hirundinis*. Y los versos:

“La oroneta net lo niu  
vol tenir, y el fill de Deu  
tinguè el niu net, com la neu”.

La golondrina es aquí simbolo de la limpieza (concepción inmaculada) de María, considerada como nido de Jesucristo.

En otro figuraron una bolsa abierta que dejaba escapar doblones. Era su lema: *Bursa redemptionis Maria*. Y sus versos:

8 Op. cit., pp. 192 y 193. El subrayado es nuestro.

“Borsa de la redemció  
fonch Maria, y del pecat  
no tinguè garrama, o gat”.

En este extravagante jeroglífico, María es simbolizada por una bolsa de dinero (rescate de la Redención). En los versos se afirma que no tuvo que pagar la contribución del pecado original (*garrama*) y que no fue falsa (a las monedas falsas o recortadas se les denominaba *gats*).

En el interior del templo se erigió un altar efímero destinado a sostener la imagen de la Inmaculada. Su altura fue considerable (60 palmos), pero tenía una estructura sencilla. Estaba dividido en tres cuerpos, el primero de los cuales consistía en una serie de gradas revestidas de tela, sobre las que se colocaron diversos ornamentos prestados por otros templos: jarrones con flores, relicarios, candelabros e imágenes de santos de oro y plata. El segundo cuerpo figuraba un monte nevado que Valda describe del siguiente modo:

“...proseguia otro (monte), nevado de vna nube, que en el medio de vn dosel de terciopelo carmesi (...). era el vltimo cuerpo, que estaba como en el ayre pero trono decente de la Virgen, de donde, con vistoso artificio, caian blancos copos sobre el monte, segundo cuerpo del altar, toda esta fabrica la explicavan dos lugares de los Psalmos de David, era el vno el Salmo 86. *Fundamenta eius in montibus sanctis*. El otro del Salmo 67. *Dum discernit coelestis reges super eam, sive dealbabuntur in Selmon: mons Dei, mons pinguis. Mons coagulatus. Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo*” <sup>9</sup>.

Constituía el tercer cuerpo la imagen de la Virgen y la nube que la soportaba. María no estuvo representada en este altar por medio de la riquísima imagen traída de la Diputación, pues se consideró que subirla a tan gran altura era muy arriesgado, de modo que se la sustituyó por otra semejante, aunque de menor precio, colocando la original en lugar más seguro, pero fue buen acuerdo, pues sucedió que el domingo de Carnestolendas una chispa desprendida de los cirios de la parte superior prendió en el abundante algodón con que se había figurado la nieve del monte, provocando un aparatoso incendio que estuvo a punto de costar la vida a lo más florido de la nobleza valenciana, a causa del humo y de la terrible confusión de la precipitada huida. Los caballeros hubieron de echar mano de las espadas para contener a la multitud y dar paso a las “señoras y mugeres, que peligravan con el ahogo, y congoja”. Sobre un señor, llamado Francisco Vaciero, cayó uno de los apóstoles que adornaban el altar, dándole en plena cabeza, pero no le hirió gravemente. Un hermano lego que se encaramó al altar para tratar de sofocar las llamas, cayó rodando al suelo, y se tuvo por milagro de la imagen

9 Op. cit. p. 203.

de la Purísima que no se hiciese daño alguno. Jusepe Caudí, el artífice del altar, sufrió idéntico accidente, del cual salió tan maltrecho que se le tuvo por muerto, resucitando tras un día de guardar cama.

De la relación de Valda se desprende que el incendio no fue grave, sino espectacular, pues que, según dice, “con pocos maravedices y en breves días se restituyeron todos (los alios del altar) con la misma perfección y entereza”<sup>10</sup>.

Una vez que todos se repusieron del susto, decidieron continuar la fiesta y se celebraron los oficios divinos, con asistencia del Virrey. Pronunció el sermón fray Francisco Mulet, que a la sazón era catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Valencia, y al que la posteridad conoce por el sobrenombre de *el Quevedo valenciano*, autor probable de obras festivas de incalculable grosería, como el *Tractat del pet* y otras no menos escatológicas<sup>11</sup>.

La fiesta tuvo por brillante remate unos fuegos artificiales que estudiaremos a continuación.

### 30) Los fuegos artificiales.

Los fuegos que pusieron fin a los festejos de aquel domingo de Carnestolendas comenzaron justamente cuando hubo acabado la celebración religiosa, y se efectuaron en la misma plaza de Predicadores, de modo que las personas que salían del templo deslumbradas por la resplandeciente ornamentación del interior desembocaban en un nuevo esplendor, igualmente artificial, en la típica secuencia barroca de maravillas visuales sucesivas y sorprendentes:

“Apenas el concurso —escribe Valda—, que dexava la Iglesia, avisó en la plaça, quando se començaron a dar al ayre rapidos cometas, violentas preñezes de alquitran, y con tal velocidad despedidas subian, como que buscavan su esfera, y tanto ascendian, que parece que la hallava(n), desde donde en repetidos estallidos abortava(n) las vnas exhalaciones como estrellas, los otros centellas como rayos”<sup>12</sup>.

Después de esta primera salida de cohetes comenzó el castillo de fuegos

10 Op. cit., p. 209.

11 *Obres festives compostes segons antiga, general y molt rahonable tradició pel Pare Francesc Mulet*, publicadas per EN CONSTANTÍ LLOMBART València, 1873. Llibreria de En Francesch Aguilar, Editor.

En la Biblioteca Universitaria de Valencia puede encontrarse un ejemplar de esta curiosa obrita.

12 Op. cit., p. 210.

propiamente dicho. Su efímera fábrica se había levantado en medio de la plaza. Era tan alto como los edificios circundantes, y Valda lo describe del siguiente modo:

“...levantado, ceñido de muros, fortalecido de torres, adornado de torreones, coronado de almenas, y todo aunque de debil materia, con tanta perfeccion executado, que formava vna hermosa y agradable perspectiva: en los quatro angulos quatro baluartes, fabricados sobre quatro carros negadas a la vista sus ruedas”.

Continúa Valola su relación con la descripción de los fuegos que exhaló aquel armatoste, echando mano para ello de todos los tópicos al uso: la comparación con un volcán en erupción, la emulación de las estrellas por las chispas, etc.

No queremos cerrar este apartado sin recoger unas reflexiones de Maravall sobre las invenciones de fuegos, que considera como “una manifestación característica de la fiesta barroca”. Escribe al respecto: “Hay aún otras maneras de fiesta que cumplen perfectamente con las condiciones requeridas—riqueza, ingenio, sorpresa, brevedad—, unos espectáculos de los que más se emplean en las fiestas barrocas: los fuegos artificiales. Esos fuegos de artificio, por su misma artificialidad, por su dificultad, por el gasto en trabajo humano y en dinero que suponen (...), en resumen, por ser tanto lo que en todos los aspectos costaban, para tan corto tiempo que respondían al gusto que ya conocemos por la invención artificiosa”<sup>13</sup>. Añadamos a este rasgo de invención artificiosa, tan característico de la cultura barroca en todas sus manifestaciones, el no menos peculiar de la alta espectacularidad visual de los fuegos de artificio, que prolongaban en la calle el ambiente irreal creado en el templo por la ornamentación fastuosa y la profusión de luces.

### LA FIESTA MILITAR.— CARRERAS DE LANZAS

Al día siguiente de la festividad religiosa, es decir, el lunes de Carnestolendas, tuvo lugar la esperada fiesta militar de la nobleza, que consistió, como dijimos, en unas carreras de lanzas, por no haber tenido los Cuadrilleros tiempo para preparar otra cosa.

Dos palabras preliminares sobre este tipo de festejos, antes de pasar a estudiar los que tuvieron lugar en aquella fecha. Tanto las carreras de lanzas como los juegos de cañas, los torneos, estafermos, encamisadas, sortijas, etc., formaban parte de una misma familia de diversiones caballerescas que habían

13 *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1972.

alcanzado su esplendor en la Edad Media y que eran legado de remotas edades, pues parecen haber tenido su origen en las culturas nórdicas. Desempeñaron en su momento un importante papel de ejercitación para la lucha, por una parte, y por otra de recreo y diversión en tiempos de paz y de tedio para los señores feudales, que no encontraban placer sino en los ejercicios físicos violentos y buscaban sustitutivos de la guerra en este tipo de juegos y en la caza. A medida que fue tomando auge la vida urbana y cortesana, las fiestas caballerescas perdieron su carácter de preparación para la guerra, convirtiéndose en mero divertimento deportivo, motivo de lucimiento de costosos atuendos, refinado método de devaneo sentimental y ocasión para hacer gala de agudeza en la elección de empresas y divisas.

En la época que nosotros estudiamos, los tomos y sus derivados habían perdido toda su brutalidad y eran mera parodia de sí mismos. Sus actores y organizadores se cuidaban bien de que el peligro fuera prácticamente inexistente. El caso que nos ocupa confirma esta idea, y es significativo el hecho de que en libro de Valda venga una pommenorizada descripción de atuendos, pero poquísimos datos sobre las incidencias del propio juego de lanzas, el cual, al parecer, no consintió sino en un simple *estafermo*. El capítulo dedicado a este tema no fue redactado por Valda, sino por un amigo suyo, don Rodrigo Artés y Muñoz, en una prosa florida y vacua que oculta a duras penas lo fútil del festejo, pero que proporciona al historiador una interesante lista de nombres y títulos de la nobleza valenciana. Transcribiremos a continuación los párrafos más significativos y trataremos después de extraer lo que subyace bajo su hojarasca:

“Y aunque no causó novedad tan lucida demostración, por admirarla repetidas veces practicada en todas sus acciones, causola el acierto que lograron en la elección de las galas, que reguladas a solo tafetanes, y velillos, a fin de que siendo iguales en la devoción, no se excediesen en la posibilidad; dentro de este medio hallaron vn extremo de tan buen gusto, que cada vestido parecia excedido, y haziendo alarde de esclavos de la Virgen, sacaron muchas divisas de la Concepción, en cuyo obsequio estaban expressando su afecto, llevandose los ojos de todos (...).

“Sabe pues que, festejando esta noticia (el Breve de Alejandro VII), armados con la fe de su devoción resolvieron correr lanças, para hezer punta con ellas al fervor del mayor afecto, determinando fuesse sitio en el llano del REal, donde me hallé tan sin confiança de verlas, que a poderme desembarçar del concurso, me hubiera salido; pues quando yo buscaba deshaogo, me hallé en vna apertura tan grande quem sin ser bienaventurados nos penetravamos los cuerpos vnos a otros (...).”

Al fin, nuestro caullero consiguió librarse a puros empellones hasta un asiento del tablado que se había fabricado para el público:

“Apenas salí de pena, quando me hallé en gloria, pues levantando los ojos al cielo de aquellos balcones le vi abierto en cada vno de ellos, advirtiendo era el primer mobil mi Señora la Marquesa de Camarasa (...).

“No huve bien vuelto en mi, quando vn no comprehendido estrue(n)do de disona(n)tes ecos, y vozes iba captando la atención, de los que esperavamos, y entre si viene, o no viene, vi salir por la puerta del Real vn troço de Cavalleria, que haziendo puente de plata al Turia, cruzava sus cristales con excedidos resplandores, marchando azia aquel llano, donde el estafermo enemigo tenia pla(n)tado su Real, con los Maestres de Campo, que a no ser Don Basilio de Castelví el vno y Don RAMon Sabz el otro, fuera increíble su lucimiento, pues permitiendo su autoridad a la gala, solo en vestidos negros, cabos de tela azul, y bandas rojas con puntas de plata, era tanto el aplauso que dezian... (1).

“Venian pues, como digo tan galanes, que la puente se hazia ojos, por no perder vn atomo de aquellos Soles, cuyos cavallos emulavan a los de Faeton, y de este modo llegaron primeros el Marques de Castelnou, Don Francisco Ivan Torres (...), Don Geronimo Vives, y el Conde de Eril, vestidos de anteado, y plata, a la moda, tan vnos en la suerte de correr, como en el correr de la suerte (...).

“Seguianles con gran sequito el Marques de la Casta, Don Ximen Perez de Calatayu, Don Gaston Mercader conde de Buñol, y Don Iorge de Castelvi primogenito del Conde de Carlet, de verde, y plata, dando muestras en los vestidos del gusto, con que festejavan el dia, y en los Cavallos de la destreça con que los manejaban (...).

“Seguian Ivan Iosef Pertusa, Señor de Vinaleza, Don Felix Falcó, Don Iuan Vivas Cañamas, y Iuan Bautista Pertusa Bonastre, vestidos de plata, y negro, con capas vistosas, que servian de realce a la guarnición del vestido (...).

Seguian (...) el Conde de Elda don Francisco de Calatayu Gentilhombre de la boca de su Magestad, el Conde de Ana, y Don Miguel Zanoguera, de nacar y plata añadiendo a lo vistoso del conpuesto, tan rico y grave dibuxo, que se hazia respetar lo jovial del color, en la gravedad de la obra (...).

“Al mismo tiempo llegauan el Marques de Benavites, Don Francisco Bellvis del habito de Alcantara, Señor de Belgida, don Ioachim Salvador, y Felipe Bondia, vestidos de amusco, y plata, a flores, que en variedad conforme matizavan el campo, que escasamente havia dexado la espesura de la guarnición (...).

“Venian iguales el señor de Manises, el señor de Borriol, Don Iuan Castelví, y Don Vicente Bellvis de paxizo, llevando sobre sus venerables cabezas divisas de la Concepción, cuyo obsequio fue tan plausible que merecio la corona del aplauso, dando en cada carrera motivos para merecerla (...).

“Venian (aunque a cavallo) Peregrinos del Señor de Agres, el Conde de Pascent, Don Constantin Cernecio, y Don Melchor de Calatayu, vestidos de plata, y blanco, siendolo de todos, los que le moravan, armados con sus petos, tan cargados de riqueza, que parecia, que ellos solo llevaban la fiesta en peso (...).

“Sin quedarse atras en el lucimiento, Josef Artes, y Muñoz el conde de la Villa nueva, don Gaspar Fernandez de Messa, y Francisco Artes, y Muñoz, vestidos de azul, llevando en mitad delpecho la insignia del nuevo grado, que se le ha conferido a la Cocnepcion, en lamimas de plata, simbolizando en ellas la duración de su afecto, y el logro de su devoción; cuyo intento se celebró tanto, que siendo esta Quadrilla remate de la fiesta, creyeron que la bolvia a empezar (...).”<sup>14</sup>

Hemos escrito esta relación con el fin de que el lector se forme una idea del espíritu de la "fiesta de lanzas", que a la postre, no fue sino un desfile de modas. Ya desde el comienzo el autor advierte que no causó tanta admiración la fiesta en sí misma como el lucimiento de las galas que en ella se exhibieron, a pesar de que estaban reguladas dentro de ciertos límites. Dice también que los cuadrilleros llevaban *divisas de la Concepción*, extremo del cual nos ocuparemos más adelante.

La competición se celebró, como dijimos, en el Llano del Real, donde se levantó un tablado para el público. Los Virreyes presenciaron el espectáculo desde los balcones del palacio real, en el cual residían. El cronista, con tópico caro a la época, dice que en uno de ellos brillaba la Virreina, Marquesa de Camarasa, como un sol ("primer mobil").

La fiesta dio comienzo con la aparición de las cuadrillas de caballeros por la puerta del Real y el puente del mismo nombre, procedentes de la ciudad. Venían agrupados en columna ("troço de Cavalleria"), precedidos por sus dos Maestros de Campo que vestían de negro con cabos azules y bandas rojas. Cada una de las cuadrillas se diferenciaba por el color de sus ropas: la primera, ante y plata; la segunda, verde y plata; la tercera, negro y plata; la cuarta, nácar y plata, la quinta, pardo con flores de plata; la sexta, pajizo, con divisas en las cimeras; la séptima, blanco y plata; la octava, azul con la divisa en le pecho sobre lámina de plata.

En torno a las proezas que realizaron tan lucidos caballeros, el cronista guarda un silencio casi total, aludiendo vagamente a sus destreza en el manejo de caballos y lanzas. No obstante, en el tercero de los párrafos que hemos transcrito se refiere a un *estafermo*.

Dentro del campo de los juegos caballerescos, el estafermo (del italiano "stá fermo", "está firme") era uno de los más sencillos y deportivos, en el sentido de que apenas entrañaba riesgos, siendo el enemigo un simple muñeco montado sobre un pivote que le permitía girar sobre sí mismo. El espantajo llevaba un escudo en el cual el caballero, con su montura al galope, debía golpear con la lanza teniendo buen cuidado de que el golpe fuera rápido y diestro, pues de lo contrario el muñeco se volvía por la inercia del giro y le golpeaba con unas bolas o bolsas de arena que pendían en su mano, sin mayor consencuencia sino la de dejar en ridículo al atacante.

Aunque Artés no describe el festejo con pormenor, no es difícil hacerse una idea de cómo debió desarrollarse, ya que todos los de este tipo (encamisadas, sortijas, mascaradas, etc.) solían presentar las mismas características y hay abundantes datos y relaciones sobre el particular en el libro de Tapia Salcedo, *Exercicios de la Gineta* (1643) y en las novelas y comedias contem-

poráneas<sup>15</sup>, así como en otros libros de fiestas y relatos de viajeros<sup>16</sup>. Podemos conjeturar que los caballeros que en tan vistosa columna atravesaron el puente del Real, para dirigirse al llano una vez que hubieron entrado en la liza construida en él, al son de trompetas y atabales tocados por ministriles con libreas de colores, darían una vuelta al campo y saludarían con gran reverencia a la Virreina. Después, a una señal de los Maestros de Campo, correrían por turno y picarían el estafermo, siendo apuntados sus golpes diestros y sus fallos por los jueces del juego. Lo elegante era romper la lanza contra el enemigo, lo cual acarreaba cierto número de puntos positivos. El ser alcanzado por el giro del estafermo, por el contrario, los restaba. Los vencedores recibían un galardón, que no sabemos en que consistió en el caso que nos ocupa.

Hay un dato interesante en la relación de Artés que queremos resaltar. Se trata del hecho de haber exhibido los caballeros *divisas de la Concepcion*, unos en los casos y otros en el pecho. La moda de las divisas y las empresas había alcanzado todo su esplendor en esta época, llegando a construir una auténtica obsesión. El padre Menestrier, en 1682, escribía a este respecto: "Ainsi, tout est plein de devises, à la cour et dans les armées, dans le cabinet des sçavants, dans les lieux de leurs assablées, à la tête de leurs ouvrages, sur les meubles les plus riches et jusques le sanctuaire"<sup>17</sup>. El término *divisa* suele confundirse con *empresa*, y Artés lo utiliza en este último sentido. La empresa era un distintivo que cada caballero llevaba en ocasiones como la que estudiamos y que constaba de un *cuerpo*, pintura o dibujo que por sí mismo carecía de significado, y un *alma* o mote (divisa), breve, frase, a veces difícil de interpretar, que daba sentido al conjunto. A veces el cuerpo no era una grafía, sino un objeto: recordemos que el Conde de Villamediana, en ocasión de unas fiestas madrileñas de 1622, apareció en la liza con el escudo abierto de reales de plata y el mote *Estos son mis amores*, queriendo dar a entender veladamente que sus amores eran reales, es decir, que estaba enamorado de la reina Isabel, esposa de Felipe IV. Que la lectura de empresas era cosa fácil para aquella gente lo prueba el hecho del asesinato del enamorado conde poco tiempo después.

Las empresas de las justas y toneos solían tener un sentido galante y hacer referencia a los amores y desamores de la aristocracia. El paladín llevaba la empresa junto con un color simbólico (el verde de la esperanza, al azul de los celos, el rojo de la pasión, etc.) o el preferido por su dama. En la ocasión que estudiamos, la dama de todos los paladines valencianos fue la misma: la

15 Por ejemplo, en la historia de Ozmín y Daraja del *Guzmán de Alfarache*: en la comedia de LOPE, *Los torneos de Aragón*: en la de CALDERON, *Manos blancas no ofenden*, etc.

16 Vide *Luces de la Aurora*, de FRANCISCO DE LA TORRE (Valencia, 1655).

17 Citado por MADELEINE V. DAVID en *Le debat sur les écritures et l'hiéroglyphe aux XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup> siècles*. Paris, S.E.V.P.E.N., 1965.

Virgen bajo su aspecto de concebida sin pecado original. Por ello, todas las empresas de esta fiesta fueron ideadas con el tema de la Purísima, proclamándose con ellas los caballeros 'esclavos de la Virgen', como dice Artés, en lugar de servidores galantes de damas de más terrena condición' El exhibir tales empresas de carácter entre cortés y sacro convirtió el juego en una justa en honor de la Dama por antonomasia.

Por desgracia, carecemos de noticias sobre las empresas a que Artés alude y deploramos que Valda, que recogía esta clase de cosas con toda minucia, encargara el capítulo que estudiamos a un cronista tan despreocupado. Pero podemos colmar la laguna, por analogía, con las referencias que sobre empresas de este tipo trae otro libro valenciano de fiestas inmaculistas, el ya citado de Francisco de la Torre, que describe las celebradas en 1665 en honor de la Inmaculada Concepción, en las cuales hubo un torneo del mismo carácter mariano que el estafermo que nos ocupa. El autor no sólo describe con minucia las empresas de los paladines, sino que aporta grabados de todas ellas que reproducimos en otro trabajo<sup>18</sup>. Vemos, como muestra, lo que dice de una de ellas (Fig. 1).

El primer cavallero llevaba por empresa con primo aliño vistosa, vn Cupidillo, cuias alas le hizieron bolar tan alto, que le pusieron sobre su cabeça. La cinta del rapaz, que en los ojos suele ser benda, en las manos de este era lazo, seña de amor obsequioso y atento, pues el laço en las manos prendia las osadias y dexava libres las atenciones al respeto. Era objeto de sus ojos vn Sol, y estava el alado rapaz tan embevecido en el, que parecia niña de los ojos del Niño su lus (...)”<sup>19</sup>.

Esta empresa llevaba el siguiente mote:

“Tan solo el punto, que huvo  
distinto al ver, de mirar  
pudo lo ciego mediar”.

El mismo Francisco de la Torre explica que en este caso el amor representado no es el humano, sino el divino: “Aquel espacia sus tiros en la ceguedad, este recoge sus aciertos en la luz: ei vno quando quiero sanar hiere: el otro quando quiere herir sana”. El autor establece una serie de comparaciones entre ambos amores y explica el mote de una forma abstrusa y casi ininteligible: el blanco del pequeño arquero es el Sol (María), al cual el Amor no lanza sus flechas sino sólo su mirada, curando de su ceguera al contemplarle, lo cual le permite desprenderse de la venda.

El segundo caballero, que luchó con el primero, llevaba por empresa una

18 En nuestra Tesis Doctoral, donde realizamos un estudio iconológico de los mismos.

19 Op. cit., p. 543.

pirámide cubierta de hiedra por la que trepaba un amorcillo. La pirámide representaba a María, que une el cielo con la tierra; y el cupido, al Amor divino, como en el caso anterior.

La empresa del tercero era un árbol, “geroglífico —escribe Francisco de la Torre— del Mongibelo, pues si aquel hipócrita disimula fuego, y sobre pone nieve; este otro disimulando, con espíritu de vorazes llamas, era cuerpo de vivos verdores”<sup>20</sup>. El Mongibelo (Etna) es un volcán que disimula su fuego interior con la nieve que le cubre. El árbol de la empresa representa a Adán, herido e incendiado por el rayo de la culpa original, cuyo fuego se apaga con el agua del bautismo. Este fuego, que en los demás hombres es señal de pecado, en María es “resplandeciente luz de gracia”.

El cuarto caballero llevaba como empresa una nave en el mar, de la cual salía una mano que tendía una red. Su mote se basaba en un juego de palabras del que formaba parte el apellido del paladín. El significado del conjunto era el siguiente: María, representada por el agua del mar, no puede ser atrapada en la red de la culpa porque se escurre entre sus mallas. (Fig. 2).

La del quinto era un laberinto en medio del cual había un amorcillo. Representaba el pecado, del cual María salió gracias al Amor divino.

El sexto llevaba como cuerpo el carro de Faetón, que representaba a Adán precipitándose en el abismo por desobedecer al Señor (Sol).

El séptimo caballero llevaba por empresa un fénix, que simbolizaba a la Virgen, aunque su mote dejaba entrever alguna preocupación galante.

La del octavo, era un sol poniente y una estrella. El sol representaba a Cristo, y la estrella a María, puesto que cuando El murió en la cruz surgió Ella como Corredentora, preservada de antemano por esta muerte de la mancha del pecado original.

La empresa del noveno era un rosal con una rosa más grande que las demás en el centro, hacia la cual va un amorcillo. Simbolizaba a María asistida por el Amor divino y sobresaliendo entre el resto de los humanos. (Fig. 3).

El último llevaba como cuerpo de su empresa un laurel atacado inutilmente por siete rayos. El laurel representaba a María; los siete rayos, a las cabezas de la bestia apocalíptica y, al mismo tiempo, a los siete pecados capitales.

Hasta aquí, las empresas de la fiesta de 1665. Repetimos que las hemos traído aquí exclusivamente para dar una idea de lo que eran las empresas de tipo mariano y lo que debieron ser las del estafermo que estudiamos.

El día 19 de mayo se celebraron los últimos actos de la gran fiesta inmaculista de 1662: los toros y las cañas, los cuales, aunque fuera del marco de

20 Op. cit., p. 552.



los festejos programados por la nobleza y que acabamos de estudiar, tuvieron como protagonista al Estamento Militar.

Las corridas de toros y los juegos de cañas aparecen generalmente citados juntos en las fuentes literarias (“toros y cañas”), como si constituyeran un único espectáculo. En cierto modo era así, ya que se celebraban el mismo día, en el mismo lugar y apenas sin solución de continuidad, precediendo los toros a las cañas, como indica Tapia Salcedo: “Son siempre las cañas después de haber precedido la fiesta de toros, y salen los capitanes de las guardas con ellas a despejar otra vez la plaza”<sup>21</sup>. En la ocasión que nos ocupa, esta regla se cumplió exactamente: los toros precedieron a las cañas y ambos festejos se celebraron en el mismo lugar: la plaza de Predicadores. No era éste el único que solía acondicionarse para ello, pues el tradicional había sido, y seguía siendo en ocasiones la Plaza del Mercado, idónea por su gran amplitud. Se celebraron también en la época que estudiamos en el llano del Real y en el de la Ziadía.

Escribe el amigo de Valda que el día de los toros, cuando se dirigía a Valencia, vio que todos los caminos estaban concurridísimos por la afluencia enorme de público que se dirigía a la ciudad para presenciar el espectáculo: “...todos los pasos estaban tomados, por el concurso que venía de manera que no se hallaba vn desierto por ningun camino”<sup>22</sup>. La plaza de Predicadores estaba a rebosar. Alrededor de ella se habían construido gran número de gradas, destinadas las más altas a ser ocupadas por los personajes de mayor alcurnia. Se encargó de construirlas el gremio de carpinteros, cuyos miembros actuaron también como aposentadores, cobrando el precio de cada localidad a medida que se situaban al público en ellas. Adosadas a las paredes de las casas que rodeaban a la plaza se instalaron galerías, con el fin de que los Virreyes y las altas damas pudieran presenciar el espectáculo con toda comodidad. El resto de la concurrencia se repartió por las gradas y, como el número de asientos era limitado, es probable que ocurriera en esta ocasión lo corriente en la época, es decir, que los personajes de sangre azul tuvieran sitio, aunque llegaran tarde, y que los burgueses, aunque habían madrugado y ofrecieran elevados precios, se vieran obligados a esperar a última hora para ocupar los asientos sobrantes, si es que los había. Seguro que hubo sus más y sus menos y que el tumulto fue notable, pues nunca faltaban guapos en este tipo de espectáculos que pretendieran ocupar los sitios por las malas. Recuerdese que en el siglo XVII uno de los oficios reputados como peligrosos era el de cobrador de corral de comedias y que hubo de proveerse a su defensa personal por medio de alguaciles que les acompañaban, por la frecuencia con que ciertos sectores del público confundían la espada con la bolsa al echar mano de ella para pagar.

21 Op. cit., cap. XIV.

22 Op. cit., p. 575.

Al fin, habiéndose situado todos lo mejor posible, se despejó la plaza, y, probablemente, se regó como era usual entonces, por medio de toneles de agua conducidos en carretas, lo cual se efectuaba cuando el presidente, que en este caso era el Virrey, aparecía en su puesto y daba la orden.

Artés debió considerar que describir la corta corrida que se celebró no ponía nada a su relato, porque había en ello escasa oportunidad de describir galas y aderezos, de modo que despacha el festejo en pocas palabras para pasar enseguida a las cañas. Probablemente los lidiadores no fueron aristócratas, pues de haber sido así nuestro autor hubiera derrochado su facundia en un relato de grandes vuelos culteranos, con la noticia de quienes actuaron y sus títulos, como iban vestidos ellos y sus lacayos y qué proezas ejecutaron, sin omitir las obligadas comparaciones con Teseo y otros héroes taurómacos de la mitología clásica. Su silencio a este respecto ha de ser tomado como dato significativo, teniendo en cuenta su idiosincrasia y su estilo.

Lo más probable es que se contratara a una cuadrilla profesional de *to-readores de banda*, como se les llamaba entonces por el distintivo que les caracterizaba. En las fiestas por el segundo centenario de la canonización de san Vicente Ferrer (1655), la ciudad contrató a dos cuadrillas, una de dieciocho hombres y otra de quince, que cobraron 30 libras cada una<sup>23</sup>, y este ejemplo debió seguirse en la ocasión que estudiamos.

Una vez arrastrado el toro —pues al parecer fue solo uno— fuera de la plaza, lo cual se realizó probablemente por medio de un tiro de mulas adornadas con gualdrapas y penachos (innovación aportada en Valencia por Martín Almansa, torero del Hospital General, en la citada corrida de 1655) dio comienzo el juego de cañas. Era éste una derivación de los torneos medievales, aunque desprovista de su violencia. En realidad, se trataba de una demostración de habilidad ecuestre y, sobre todo, un motivo de exhibición de galas y empresas más o menos ingeniosas por parte de los participantes, pertenecientes siempre a la aristocracia. Sus armas principales eran la caña y la ardaga si bien se empleaba también en cierto momento del juego una espada cortés. Los caballeros, con sus monturas al galope, se arrojaban las cañas (especie de venablos cortesés), unos a otros, bien en combate singular o bien par parejas o cuadrillas. El agredido debía parar el golpe con su adarga o tratar de esquivarlo, devolviéndolo por su parte al atacante. Las adargas eran escudos de cuero que, para los juegos de cañas, debían ser lisos y rectos, flexibles en su parte inferior, con una abrazadera en el centro y un tahalí extensible. Por la parte inferior solían dorarse o platearse, y por la exterior se adornaban de diversas y vistosas maneras, pintándose o incrustándose su campo con flores, ajedrezados, etc., sobre los cuales se colocaban, según escribe

23 CARRERES ZACARES, *Ensayo de una bibliografía de fiestas celebradas en Valencia y su antiguo reino*, Valencia, imprenta Hijo de F. Vives Mora, 1925, p. 266.

Tapia Salcedo, "Bandas, Motes, cifras y empresas muy curiosas"<sup>24</sup>.

El festejo daba comienzo a una señal de atabales y clarines, abriéndose dos puertas opuestas por las que entraban en la liza los padrinos, seguidos de sus lacayos. Veamos de qué manera se desarrolló esta salida en la ocasión que estudiamos. Escribe Artés:

"(...) entró tal número de azemilas, reposteros, y aposentadores, que yo creí se iba algun señor, y no era sino que venían dos (...). Entraron tan biçarrros, que no sé como salirme de esta.

(...) Entraron pues Padrinos de las cañas dos invencibles Heroes, vestidos el vno de vn color, que a no ser celeste, le pusiera yo a las nubes, cuyo campo estava tan regado de plata que brillando brillantes imitava criatalinas ondas, en cuyas aguas estavan fecundadas las flores, que producía la labor, que sembro el dibuxo (...)"<sup>25</sup>.

Para muestra, un botón; sería inútil prolongar la transcripción de la descripción de Artés, que discurre largamente en estos y parecidos términos. Se adivina a través de ella lo siguiente: que, como siempre los padrinos fueron dos, en este caso don Crisógono Almella, jurado en cap de los ciudadanos, y don Baltasar Gómez de los Cobos, conde de Ricla, primogénito del Virrey. Iban ambos jinetes en caballos morcillo y castaño, respectivamente, espléndidamente ataviados de azul y plata. Acompañaba a cada uno doce lacayos, precediéndoles. Los de Almella vestían de terciopelo carmesí, con cabos y botones dorados; los del hijo del Virrey, de terciopelo negro con adornos de plata.

Seguían a los padrinos ocho cuadrillas de caballeros, cada una compuesta por tres de ellos y un jefe o cuadrillero: en total, treinta y dos jugadores. El cronista pasa inmediatamente a describir cada una de las cuadrillas, ya en la liza, sin referirse en absoluto a las ceremonias que debieron ejecutar los padrinos antes de que el juego comenzase. Creemos interesante colmar esta laguna con los detalles que proporciona el profesor Deleito sobre los juegos de cañas en general. Los padrinos, como dijimos más arriba, entraban por dos puertas enfrentadas y avanzaban con sus lacayos hasta encontrarse en el centro de la liza. "Hacían allí —escribe Deleito— un simulacro de enfado mutuo, y salían de la plaza por el lugar que les dió acceso a ella. Nuevamente sonaban los atabales, y otra vez penetraban allí los padrinos por la misma puerta que antes, seguidos de acémilas ricamente enjaezadas, cargadas con grandes cestos donde las cañas iban dispuestas, cubiertos con bordados paños"<sup>26</sup>. Sólo entonces salían los cuadrilleros y sus cuadrillas, con la adarga en el brazo izquierdo y el derecho cubierto por una manga bordada llamada *sarracena*. "El

24 Op. cit., cap. XV.

25 Op. cit., p. 582.

26, *También se divierte el pueblo*. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1966.

cortejo caballeresco —prosigue Deleito— daba una vuelta a la plaza al compás de instrumentos de guerra, dejando de paso colocadas en sus lugares a las cuadrillas: cuatro en una parte de la plaza y cuatro en la otra". En el caso que estudiamos debió seguirse el mismo ceremonial, aunque Artés, más preocupado por describir galas que por explicar la fiesta, nada diga al respecto. Antes de pasar a explicarla por nuestra cuenta, vamos a examinar la composición y el atuendo de las cuadrillas, sintetizando en pocas palabras las farragosas explicaciones del caballero.

#### CUADRILLAS DEL PRIMER PUESTO

*Primera cuadrilla.*— Estaba al mando del jurado don Luis Pallás, al que acompañaban don Miguel Zanoguera, don Vicente Figuerola y Bellvís, y el señor de Agrés. Iban todos ellos vestidos de tela nacarada, con adornos de plata, y sus adargas estaban cubiertas de espejos.

*Segunda cuadrilla.*— Tenía como cuadrillero a don Juan Pertusa, señor de Vinaleza y Barcheta. Le acompañaban don Melchor Sisternes, don Baltasar Julián y don Pedro Pertusa Bonastre. Iban espléndidamente ataviados, de terciopelo blanco tejido de forma que afectaba un dibujo de flores, y sus adornos eran de plata y nácar. Las adargas tenían forma de rosa.

*Tercera cuadrilla.*— Fue su cuadrillero el conde de Parcent, al que acompañaban don Francisco de Calatayud, don Vicente Marcader y don Luis Pardo. Vestían de azul y sus adargas tenían forma de rosa, con el campo cubierto por un ajedrezado de talco brillante.

*Cuarta cuadrilla.*— La conducía como cuadrillero el Marqués de Benavites y la integraban don Jerónimo Vivas, don Miguel Fenollet y don Giner de Perellós. Sus colores eran pajizo y plata, con adornos de plata y nácar. El campo de las adargas, de color rojo, estaba sembrado de alcachofas de talco verde. Sobre este fondo se colocaron diversas empresas. La del marqués, por ejemplo, era una jaula pendiente de un ramo de olivo, con la puerta abierta, y dentro un pájaro. Su mote decía: *Mi libertad me da pena*.

Las cañas de estas cuadrillas del primer puesto, escribe Artés, "estaban abolladas de belillo, que en tremoladas garzotas eran vistosos estandartes de sus triunfos". Es decir, tenían adornos de telas finas abollonadas y un airoso penacho.

## CUADRILLAS DEL SEGUNDO PUESTO

*Primera cuadrilla.*— La capitaneaba, como cuadrillero, don Jorge de Castellví, y la integraban don Juan Guillem de Urrea Palafox y Cardona, don Francisco del Pueyo y don Francisco de Borja. Vestían de verde y plata. Sus adargas tenían forma de águila coronada de laurel, con las alas de plata, extendidas.

*Segunda cuadrilla.*— Era su cuadrillero don Juan Vivas, acompañado de don Felix Falcó, don Felipe Bondía y don Miguel Julián. Vestían de gamuza y plata, con calzones y mangas blancas bordadas de corazones. Sus sombreros eran de tejadillo, con plumas. Montaban todos caballos blancos. Sus adargas tenían forma de pavo real, de cuyas garras pendía la empresa. Las cañas de esta cuadrilla, al quebrarse, despedían un chorro de cintas en las que estaban bordados los motes con letras doradas.

*Tercera cuadrilla.*— Estaba capitaneada por don Francisco Artés, que acudió a pesar de hallarse convaleciente de unas fiebres. La integraban don Pedro Nogueroles y Talayero, don Gaspar Fernández de Mesa y don Alonso Milán de Alagón. Vestían de color leonado, con cabos de azul y plata. El campo de sus adargas iba sembrado de flores y ostentaba ingeniosas empresas, todas ellas alusivas al Breve de Alejandro VII.

*Cuarta cuadrilla.*— Era su cuadrillero el conde de Elda al que acompañaban el conde de Anna, don Ximén Pérez de Calatayud y el marqués de la Casta. Vestían de negro y plata, con brillantes cabos de talco. Sus adargas mostraban el campo sembrado de lises, no mencionando Artés empresa alguna que las adornase.

Hasta aquí los datos proporcionados por Artés sobre las cuadrillas. No da noticia alguna, según su costumbre, sobre los lances del juego, pero no queremos finalizar este pequeño estudio sin hacer alguna referencia a lo que debió ser éste. Ya dijimos que los cuadrilleros salían después de la ceremonia de la fingida afrenta de los padrinos y que, tras haber dado una vuelta a la liza al son de instrumentos militares, iban a colocarse en dos *puestos* enfrentados en los extremos de ésta. Allí esperaban a que los padrinos se acomodaran en unos tablados especiales que tenían reservados y diesen la señal para que el juego comenzara. En este momento, los caballeros picaban espuelas y corrían hacia el centro del campo, enfrentándose dos a dos y fingiendo luchar con espadas corteses. Enzarzados en esta batalla simulada daban vueltas y hacían toda clase de vistosas figuras, según la habilidad personal y el entrenamiento de cada grupo. Era esto una especie de prólogo al verdadero juego de cañas, que comenzaba cuando los escuderos o lacayos salían a la liza portando los cestos de las cañas y se las proporcionaba a sus respectivos señores. “Empezaba el juego —escribe Deleito— con la aparición de una cuadrilla que recorría la plaza entera desfilando ante las que la esperaban apostadas enfren-

te, y atacando por fin a una de ellas, a la cual arrojaban cañas al aire, sin dejar de correr. Los atacados replicaban en igual forma, y unos y otros procuraban evitar el choque de aquellos proyectiles, empuñando con la diestra la adarga como escudo protector (...) a la vez que con la izquierda mano sostenían las riendas de su corcel”.<sup>27</sup> Si un caballo de los atacantes corría demasiado y se metía en el bando de los contrarios, éstos *cautivaban* al caballero que lo montaba. Las cuadrillas iban turnándose de modo que todas eran atacantes y atacadas. A veces los grupos evolucionaban juntos, si tenían mucha habilidad, y formaban *traveses* o cruces de gran vistosidad y aparato. Para ello habían de tener un dominio absoluto de las cabalgaduras, pues corrían el peligro de chocar entre sí al tener que realizar las figuras al galope y sin detenerse. Los escuderos, a pie, seguían a sus señores a todo correr, para reponer sus cañas, lo cual daba lugar a no pocos revolcones y atropellos.

Una vez que todas las cuadrillas habían actuado, los padrinos bajaban de sus tablados y fingían poner paz entre los contendientes, haciéndoles arrojar las armas. En el caso de que los toros no se hubiesen corrido antes del juego, solía soltarse uno para que los caballeros que lo deseaban pudieran probar suerte con los rejonos. Ya vimos que en la fiesta que nos ocupa el toro se corrió antes que las cañas, de modo que cuando éstas finalizaron debió cerrarse la liza y el público despejaría, quedándose los carpinteros para desmontar todo el tinglado de tablados, gradas y galerías.

.....

Estos, fueron, en síntesis, los hechos. Nuestro propósito al relatarlos ha sido el muy modesto de dar a conocer un ejemplo valenciano, relativamente bien documentado, de la naturaleza y el talante de este tipo de fiestas, tan características de la cultura barroca y que ponen de manifiesto algunos de sus rasgos esenciales: el gusto por los espectáculos brillantes, el derroche de lujo con el que se intentaba distraer a las masas urbanas de la penuria y de las miserias de la realidad, el centralismo de las clases dominantes, que por halagar al monarca no dudaban en llevar a cabo gastos impertinentes; el afán de lucimiento personal y del estamento y un cierto arcaísmo en las diversiones caballerescas propio de la cultura valenciana de la época. Todas estas características tan apreciables en la fiesta inmaculista de 1662 en su conjunto, pero mucho más en los elementos que constituyen el cuerpo de este artículo, diluyéndose ligeramente en los festejos universitarios y gremiales de la misma, que examinaremos en otra ocasión.